

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Lectura espiritual de la Biblia

30 de septiembre de 2007

La segunda de las acciones de la programación pastoral de nuestra Iglesia para este curso reza así: «*Favorecer en nuestras comunidades la escucha y el estudio de la Palabra de Dios, para ser sus discípulos y misioneros*». ¿Qué deseamos? Sencillamente que los católicos gocen de la belleza y del tesoro que es la Palabra de Dios, en la que Dios nos habla a través de la Tradición y la Escritura Santa. Era lo que san Francisco de Asís deseaba en su famosa carta a todos los fieles: «*Ya que soy el siervo de todos, he de servir a todos las fragantes palabras de mi Señor*» (Fuentes franciscanas, 180). Y comentaba alguien: llama «*fragantes*» a las palabras de Cristo, comparándolas así con panes aún calientes y aromáticos, porque las palabras de Dios están perfumadas de Espíritu Santo. Por eso son *espirituales*.

Realmente hay una carencia en el Pueblo de Dios, cuando se trata de conocer, vivir, comprender y gozar de lo que Dios nos ha revelado. Sé muy bien que, por ejemplo, conocer la Biblia no resulta fácil. Precisa de un estudio, de una investigación histórico-crítica cada vez más sutil, porque para la fe bíblica es fundamental referirse a hechos históricos reales. Como dice Benedicto XVI: «*Ella (la Biblia) no cuenta leyendas como símbolos de verdades que van más allá de la historia, sino que se basa en la historia ocurrida sobre la faz de esta tierra*» (Jesús de Nazaret, p. 11). Ahora bien, el Nuevo Testamento y más el Antiguo Testamento son escritos de la Antigüedad, y es preciso saber cuál es el contexto histórico en que fueron redactados, cómo narran la historia, los géneros literarios y los problemas que llevan aparejados, etc. Pero el "hecho histórico" va más allá del mero símbolo y no se puede sustituir, pues si dejamos la historia, la fe cristiana queda eliminada y transformada en otra religión. Y eso no lo debemos consentir.